

# EL MAGISTERIO DE UNAMUNO EN EL HISPANISTA FEDERICO DE ONIS

(Homenaje a Federico de Onís en el primer  
centenario de su nacimiento)

*Carlos de Onís*  
*North Texas State University*

El 20 de diciembre de este año se cumple el primer centenario del nacimiento de Federico de Onís, cuya labor como adelantado de la cultura hispánica en los Estados Unidos es bien conocida en todos los países de habla española. Es ésta, pues, inmejorable ocasión para rendir homenaje a su figura y a su obra. Pero no voy a hacerlo del modo convencional, mediante el balance de sus méritos, o cantando sus alabanzas, sino que voy a referirme, de un modo más amplio, a la relación de Onís con Unamuno y a la parte importante que a este último le cabe en la formación espiritual de Onís y, últimamente, en la vocación hispánica a la que Onís dedicó su vida.

La deuda de Onís para con Unamuno es evidente para todo el que conozca la obra de ambos, pero yo puedo dar aquí un aspecto más íntimo de la misma ya que, por razones familiares, poseo la correspondencia de Onís a Unamuno, así como varias cartas originales (una de ellas inédita) de Unamuno a Onís.

Onís conoció a Unamuno cuando era un niño que apenas tenía uso de razón, y su primera impresión del hombre se confunde con un recuerdo infantil, que Onís relata de la manera siguiente:

Unamuno tendría cerca de treinta años cuando llegó como catedrático a la Universidad de Salamanca, ciudad donde residió toda su vida. Era yo tan niño que la primera vez que oí su nombre no lo entendí. Como empezaba con "un", yo creí que me hablaban de "un amuno". Cuando oí a mi padre decir que iríamos al campo con Unamuno, quedé muy preocupado pensando como serían "los amunos". Cuando llegó comprobé que, en efecto, aquel hombre pertenecía a una clase de gente distinta de las demás, porque era diferente de los demás hombres que yo había conocido.

En seguida descubrí que él era único, era Unamuno.

Y cuando ya era Onís profesor de la Universidad de Oviedo y pronunció el discurso de apertura del Curso Académico en dicha Universidad, en 1912, dice Onís de Unamuno emocionadamente: "Si a algún hombre hubiera yo de dar el nombre de maestro, aquel nombre que Cristo mandó a sus discípulos que no llamasen a nadie sobre la tierra, sólo a él tendría el derecho y el deber de dárselo."

Es decir, Onís, como no podía ser menos, se siente orgulloso del magisterio de Unamuno. Pero no se entienda esto como servilismo a las ideas del maestro, ni como aceptación ciega de todas las ideas de Unamuno. La discrepancia ideológica de maestro y discípulo, en algunos aspectos importantes, principalmente el religioso, comienza siendo todavía un muchacho Federico de Onís. Y tampoco faltará, como comprobaremos más adelante, la rebelión del discípulo, rebelión que, como el mismo Onís reconoce, estaba también en la raíz del espíritu unamuniano.

Pero no cabe la menor duda de que Onís asimiló, desde muy joven, todo lo que Unamuno tenía que ofrecer, adaptándolo a su personalidad fuerte y original. La enseñanza fundamental de Unamuno consiste en la afirmación incontestable de la propia personalidad; en una actitud de radical sinceridad ante la vida y los hombres; en la búsqueda constante de lo más hondo de nuestra individualidad; en la concepción de la vida como una lucha constante; en la devoción quijotista; en la búsqueda del ser más entrañable de España. En todo esto fue Onís el mejor discípulo de Unamuno.

En carta del 24 de agosto de 1905, la tercera que escribe a Unamuno, dice el joven Onís:

Me he enterado por los periódicos de

su triunfo en la conferencia que dio Vd. en Bilbao. Le doy a Vd. la enhorabuena de corazón, porque los triunfos y los éxitos de Vd. me parecen algo mío, algo de casa, porque sin duda Vd. no es para mí un simple escritor donde yo haya aprendido tanto o cuanto y a quien yo admire hasta determinado punto. Vd. es, sin duda, para mí, algo más que todo eso. Vd. es el maestro que desde que yo era pequeño ha influido en mí de la manera más honda y más radical, conmoviendo hasta lo último mi conformación espiritual y dándome otra nueva adaptable a las nuevas ideas que, enseñadas por Vd., habían de informar mi vida. Dice Vd. que no le deje mal. Esto sí que me atrevo a jurarlo. Me ha dado Vd. tales ánimos para la vida, tal confianza en mí mismo, que no dudo que ahora que empieza para mí una vida nueva, el triunfo ha de ser para mí, mejor dicho, para Vd. Porque yo no ocultaré nunca, aparte de que se ha de ver muy claro, que a Vd. debo cuanto sé y cuanto valgo.

Cuando Onís escribe estas palabras es aún un mozo de veinte años que, recién acabada en Salamanca la carrera de Filosofía y Letras, bajo la tutela de Unamuno, ha ido a Madrid para estudiar el doctorado. Entre 1905 y 1914 la correspondencia entre Unamuno y Onís es muy abundante, y veremos como Onís siempre le pide consejo y ayuda en las tareas profesionales a las que se va dedicando. Por ejemplo, cuando Onís decide continuar en Madrid una revista que había fundado con otros en Salamanca, llamada *Gente Joven*, no vacila en poner a la cabeza de ella a Unamuno, y siguiendo las enseñanzas de éste, trata de hacerla una revista de la juventud hispano-portuguesa. Esta concepción de la unidad superior ibérica, típicamente unamuniana, y más tarde la unidad toda de la cultura hispánica, va a ser el núcleo de pensamiento que informa la labor de Federico de Onís en América. Dice Onís en carta del 3 de noviembre de 1905: "Yo ando ahora tras una obra magna: hacer de *Gente Joven* un órgano de la juventud hispano-portuguesa, con Vd. a la cabeza. He hablado por aquí y todos están dispuestos a trabajar en él. Y Vd., que es el maestro de la juventud, es el llamado a ser el jefe o iniciador de todo este movimiento hispano-portugués."

También apela Onís a Unamuno cuando decide (aunque sólo temporalmente) darse a conocer en el mundo literario. Su vocación más íntima le llevaba por otro camino, el de la investigación científica de la lengua y la literatura, así como la del problema de España, heredado de la generación del 98, tareas a las que le llevaría su trabajo con Menéndez Pidal, su relación con el Centro de Estudios Históricos, y su amistad con Ortega y Gasset. En carta del 1 de diciembre de 1905 consulta con Unamuno su vocación literaria:

Estas vacaciones me quedaré aquí probablemente, y en este mes pienso trabajar para iniciarme aquí publicando donde buenamente pueda. Quiero empezar a trabajar en cosas de más importancia, y a escribir ya seriamente, poniendo todo mi esfuerzo en abrirme camino. Vd. me puede dar consejos, que le agradecería con toda el alma, y además me puede proporcionar mucha ayuda, facilitándome medios para abrirme paso en revistas y periódicos. Por otra parte, tengo hace algún tiempo el pensamiento de escribir mi primer libro, en el cual pondré todo el espíritu, toda la vida, fuerza y pasión de que sea capaz. Será una novela que hace tiempo vengo elaborando *in mente*, y que publicaría en el momento en el que fuera ya algo conocido por mis artículos en revistas y periódicos de aquí. Será el asunto de la novela, en la que procuraré hermanar cuanto pueda la vida con el arte: la evolución de la vida de un hombre (como yo, por ejemplo) atendiendo principalmente a la fe religiosa. Cómo se pierde esta fe primitiva, proceso psicológico hasta la reconstrucción de unas nuevas ideas, etc., etc. Pero todo esto es hablar de la mar, porque no le puedo decir a Vd. en dos palabras lo que ha de ser. Lo que sí le diré es que trataré en ella la cuestión religiosa, sin reparos de ninguna clase, y ahondando cuanto pueda para esperar al día siguiente la excomunión.

Es fácil adivinar aquí al joven ingenuo pugnando por sacar a luz esa novela que, a los veinte años, todos creemos llevar dentro. Naturalmente, esa novela no llegó jamás a escribirla, quedándose *in mente*, como puede verse en la siguiente carta del 20 de marzo de

1906:

Cada vez me afirmo más en mi idea de renunciar a la idea del viaje al extranjero. Creo que no sólo no me aprovecharía, sino que me dañaría. Me siento completamente desorientado en todos los órdenes de mi vida. Hay muchas cosas fundamentales que desconozco por completo, y siento una inmensa curiosidad, un anhelo grande de trabajar intensamente en labrar mi cultura y elevar mi espíritu. Cuando le dije a Vd. aquello de que no quería ahora escribir (a lo que Vd. me contestó un poco duramente, como siempre, que era completamente necio) dije a Vd. algo muy serio y que Vd. debió tomar de otra manera. Si me pongo a recordar todo lo que hasta ahora he escrito me coge un gran desaliento. No veo en todo ello nada mío, no he dejado nada de mí en aquellas cosas: no es nada de lo que yo he querido hacer. Me he dejado llevar inconscientemente por varias fuerzas distintas que me hicieron ser así: y ahora que me doy cuenta de ello y veo adónde voy a parar, corto en seco y me detengo, para volver a empezar por otra senda y con otros alientos muy distintos, a escribir de nuevo.

A esta carta poseo la contestación de Unamuno, en carta original del 2 de abril de 1906:

Piensa bien en lo de tu viaje al extranjero. Yo estoy muy de tu parte y lo veo como tú, pero ¿y si tú y yo nos equivocamos? ¿Si en el extranjero se te despertaban aficiones aquí dormidas? Piénsalo, no sea que nos equivoquemos los dos.

Tienes razón, soy demasiado duro. Es mi modo de querer. Cierto es que el cariño de Dios a nosotros es terrible. Y lo que te dije cuando tu propósito de no escribir era que no debe uno proponerse ni escribir ni no escribir, sino hacerlo o no hacerlo según pida el alma. Si algún día sientes ansia de publicar algo y crees que con ello puedes influir en alguien ¿has de dejarlo por guardar un propósito abstracto? Y más te digo y es que el escribir para uno solo y no publicarlo tiene el peligro de que los escritos acaban

en ser masturbación espiritual y nos corroboran en defectos. Cuando se escribe teniendo a la vista interior el público éste colabora con nosotros; la manera como son nuestros escritos recibidos influye en nuestro pensar. Y sobre todo la mejor manera de hacerse es produciéndose, pero produciéndose espontáneamente, cuando el alma nos lo pide no por oficio. Por eso me parece bien que no te pongas colaboración literaria alguna regular y fija (no teniendo que vivir de ella), pues es terrible buscar asuntos para escritos, pero tampoco te cierres a hacerlo. No pienses para escribir, pero escribe lo que hayas pensado. Es lo que te quise decir. Está bien que estés descontento de cuanto has hecho. A todos nos ha sucedido que nos hemos estado buscando a través de otros y acaso no hay quien llegue a encontrarse del todo. Toda nuestra vida espiritual es una busca de nosotros mismos y buscándonos es como nos hacemos. Cavamos en nuestro espíritu en busca de un tesoro, que es Dios, y sin hallar el tesoro preparamos con la cava nuestro espíritu para que en él prenda el grano del mundo. Trabaja, pues, cávate, y no hagas caso de más. Un abrazo de tu amigo. Miguel de Unamuno.

También hablan con frecuencia sobre literatura en las cartas que llevo comentando. Es decir, Unamuno, que siempre hablaba de sí mismo, habla de su literatura. Voy a incluir los párrafos donde Unamuno habla de sus obras para corroborar una vez más que Unamuno era una personalidad enteriza, que se manifestaba una y la misma en cualquiera de las actividades en que ocupó su vida. La correspondencia de Unamuno es siempre un documento interesantísimo para conocer lo que pensaba y sentía sobre su propia obra, precisamente cuando la estaba produciendo, y aun antes de que llegara al público. Como es sabido, Unamuno, que era ante todo poeta, no publicó su primer volumen de poesías hasta 1906, pero se conocían desde mucho antes en los medios literarios de Madrid a través de Onís, otros discípulos y de Unamuno mismo, que tenía la costumbre de leerle sus poesías al primero con quien se encontraba por la calle. En carta del 11 de mayo de 1907 (cuyo original poseo e inédita hasta ahora) Unamuno le anuncia a Onís la inminente traducción de sus poesías al alemán y habla de la recepción

de las mismas en España, diciendo:

Aquí en España no estoy descontento. Mis cantos gustan más a los cabreros que no a los juglares. No soy un pianista que toca para pianistas. Aquí la literatura quiere ser o profesional o popular; busca el aplauso de los del oficio o los cuartos de la masa. Y yo rompo con una y otra cosa. Detesto lo profesional y detesto lo popular. Que los profesionales se hagan hombres, dejándose de tecniquerías, y que el pueblo suba y no pretenda que nos bajemos a él. ¡Qué enseñanzas tiene a este respecto Carducci, que no dobló su frente ni ante los técnicos, ni ante la plebe! Y así ha llegado a ser nacional y universal. Hay algo que no es la plebe ni esa canalla que se cree la aristocracia de la inteligencia.

Y en otra ocasión, en carta del 15 de febrero de 1906, cuyo original también obra en mi poder, Unamuno le habla a Onís de su *Tratado del Amor de Dios*:

A veces me refugio en mi *Tratado del Amor de Dios*, recreándome ante la idea de la hostilidad con que habrá de recibirlo la intolerancia intelectualista, que se pone frenética cuando se le habla de otro mundo. El manifestar el simple anhelo de la eternidad de la conciencia individual les pone fuera de sí. Son como aquellos cultísimos y architolerantes atenienses, ocupados en hablar de la última novedad, como dice los Hechos de los Apóstoles, que oyeron con curiosidad a Pablo de Tarso hasta que les habló de la resurrección de los muertos.

Y ni siquiera comprenden la íntima tragedia de Nietzsche, desesperado de no poder creer y arremetiendo a Cristo por no poder hacerse al consuelo cristiano. Mayor enamorado de Cristo no le ha habido. Y todos esos badulaques de alma huera que no sienten el furioso anhelo de la eternidad personal toman en labios a ese hombre que vivió y se volvió loco bajo esa pasión de ánimo. Ni comprenden que es más noble vivir así desesperado, luchando con la esfinge, que no ponerse en las filas de Epicuro, capitán de las almas vacías.

El *Tratado del amor de Dios* a que alude

Unamuno no es otro que el libro más importante de Don Miguel, que se publicaría seis años más tarde con el título *Del sentimiento trágico de la vida*; y es curioso que estas mismas ideas aparecen en un capítulo del libro, y casi con la misma expresión. Como vemos, Unamuno pensaba y elaboraba sus libros durante años, mediante el contacto con la gente, en sus conversaciones, en su correspondencia.

Y fue en materia de religión, primero, y más tarde en torno al problema de la cultura española, donde se produce la rebelión del discípulo frente al maestro, pero siempre con amor y con respeto y, sobre todo, con la conciencia de que esa actitud de rebeldía era sólo aparente, ya que procedía de las enseñanzas más profundas de Unamuno. En 1912, siendo ya Onís catedrático de la Universidad de Oviedo, y en carta del 16 de enero, le comunica a Unamuno su total disconformidad con las ideas religiosas de éste, sobre todo en el punto en que Unamuno contraponía religión y cultura. Le dice Onís:

Mi más querido amigo: Aunque Vd. no me escriba (no creo merecer este desvío) yo sí le escribo. He recibido Hispania con su artículo. Nosotros (yo al menos) no combatimos, ni dejamos de sentir el espíritu religioso, pero no vemos la necesidad de que exista sólo mediante una suicida irracionalidad. Creemos que la profundidad de la religiosidad es directamente proporcional al pleno desenvolvimiento de la cultura. He leído otros artículos que ha publicado Vd. últimamente. Creo (y Vd. perdone) que no coge Vd. ni quiere coger lo fundamental de nuestras ideas. Y así resulta que las más de sus contradicciones no lo son realmente, sino afirmaciones que nosotros sostenemos igualmente.

Y he aquí mi religiosidad: la del "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo." Resignación (aceptación de la tragedia humana con plena conciencia y amor), y esperanza (confianza en el valor de la obra humana). Es decir, el equilibrio religioso.

A esto contesta Unamuno en carta publicada por el mismo Federico de Onís, sin fecha, en el número de La Torre de homenaje a Unamuno de 1961:

Bien sabes tú, querido Federico, que no es desvío el que no te escriba. Es que quería hacerlo muy de largo y despacio y esto no se me arregla. Además esperaba a estar en más reposo de espíritu y éste no llega. Me acaba de irritar mi reciente lectura de obras del monstruoso saduceo de Marburgo, Cohen. Ese idealismo, ese poner la idea sobre el hombre, y el hombre-ideas sobre el hombre carne y hueso, subleva mis entrañas. Es cosa de sentimiento y no podemos consentirnos, aunque nos entendamos y estimemos. Si el hombre individual y concreto, si yo, pierdo mi conciencia de mí mismo al morir, si de aquí a cien, a mil, a un millón de siglos, siempre, no me acuerdo de tí, de Salamanca, de cuanto he vivido, me importa nada todo lo demás. No siento más que la inmortalidad del alma al modo popular católico. La ciencia me da miedo y tristeza. Es decir, me da miedo y tristeza la verdad. ¡Hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra! Si su voluntad es que no nos muramos (en el sentido más grosero y concreto, como lo entienden nuestras madres), pero si es otra cosa no me resigno. Ni me consuela la confianza en la obra humana si ésta desaparecerá un día. Y lo del equilibrio religioso me parece una contradicción porque la religión es desequilibrio, inquietud, anhelo, desesperación.

En este punto concreto no habían de coincidir nunca más, pero es en torno al problema de la cultura española donde se produce una separación. En el año de 1912 estaba Onís preparando el discurso de Apertura de Curso en la Universidad de Oviedo, que pronunció en octubre de dicho año. Este discurso, titulado *El problema histórico de la universidad española*, y publicado en 1932 en *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, levantó una fuerte polémica en España en la que intervinieron, entre otros, Azorín y Ortega. En este discurso Onís ahonda en el problema de la cultura española tomando como base la universidad española en la cual no llegó nunca a entrar, real y verdaderamente, el espíritu y la ciencia del Renacimiento. Es decir, en España no ha habido nunca universidad moderna y, por lo tanto, España permaneció al margen, ajena a la creación de la cultura moderna. La cultura moderna es la civilización europea y

España, para incorporarse a ella, tiene que europeizarse. Pero no por ser europeos hemos de dejar de ser españoles, sino que sólo entonces lo seremos real y verdaderamente. Y acaba diciendo que para un pueblo la falta de cultura original y propia significa falta de personalidad, de tradición, de historia.

Como es sabido, también Unamuno había propugnado en sus ensayos *En torno al casticismo*, de 1895, esta incorporación de España a la corriente de la cultura europea, cuando dice que España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados. Pero diez años más tarde, en su ensayo *Sobre la europeización de España*, nos dice que él no se siente ni europeo ni moderno (a pesar de ser ambas cosas) y contrapone ciencia y sabiduría, siendo el objeto de la ciencia la vida, y el objeto de la sabiduría la muerte. Llega incluso a propugnar la españolización de Europa mediante la imposición de España en el orden espiritual europeo, ya que sólo entonces será posible que nos asimilemos lo que del espíritu de Europa pueda hacerse espíritu de España. Más tarde, en *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) dice Unamuno que el Renacimiento y la Reforma nos han traído una nueva Inquisición: La de la Ciencia o la Cultura que usa por armas el desprecio y el ridículo para los que no se rinden a su ortodoxia. Y sin duda pensando en el discurso de su discípulo, dice textualmente:

Hay que saber ponerse en ridículo, y no sólo ante los demás sino ante nosotros mismos. Y más ahora en que tanto se habla de la conciencia de nuestro atraso respecto a los demás pueblos cultos; ahora en que unos cuantos atolondrados que no conocen nuestra propia historia, que está por hacer, deshaciendo antes lo que la calumnia protestante ha tejido en torno a ella, dicen que no hemos tenido ni ciencia, ni arte, ni filosofía, ni Renacimiento (éste, acaso, nos sobra) ni nada.

Estas divergencias de actitud y de pensamiento se reflejan ya en el discurso de Onís y en la correspondencia entre ambos. Así dice Onís en su ensayo:

Al pasar a la universidad me encontré en seguida con una personalidad tan sugestiva, tan intensa, tan variadamente culta y original como la de Don Miguel

de Unamuno. Los años que han pasado desde entonces me han hecho llegar a pensar de una manera diametralmente opuesta a la suya, y a estimar de muy diferente modo el valor de sus ideas. Pero no a perder un ápice del cariño que supo despertar en mi corazón de mozo, ni de la estimación por la generosidad de su espíritu, que se daba entero a sus discípulos con todo el caudal riquísimo de su ciencia y su emoción.

Y añade en otro lugar que algo triste es que Unamuno desdeñe el henelismo, se burle de la ciencia y apostolice contra la cultura. En carta del 19 de marzo de 1912 se atreve incluso Onís a dirigir a su maestro estas duras palabras:

Perdone Vd. el tono de esta carta. Vd. siempre habla en acusador. Perdone Vd. que le hablemos así también. Hay una cosa que amo sobre todas y es la cultura. Por ella sacrificaría mi vida, y lo estoy haciendo. Por ella le respeto y le quiero a Vd., porque sólo a Vd. debo la iniciación de mi vida espiritual, y además comprendo cuanto le debe a Vd. la cultura española. Pero soy más amigo de la cultura que de Vd. y si supiera que su talento y las armas que a la cultura debe, las iba a emplear sólo contra ella, desearía que las perdiese Vd. en el acto y para siempre. Perdone Vd., repito. Ya sé que todo esto que le digo lo sabe Vd. mejor que nadie. Después de todo, si miro un poco hacia atrás veo que Vd. me infundió todas estas ideas, pero ha tomado Vd. un camino por el que no puedo seguirle.

Un año más tarde, en abril de 1913, Onís reitera su devoción filial para con Unamuno en las siguientes palabras:

En Madrid vi que escribió Vd. a Morente diciéndole que había algunos por aquí que eran más discípulos de Vd. de lo que ellos creían. Si acaso pensaba Vd. en mí al escribir esto, creo que es injusta la apreciación, pues no he olvidado un momento lo que a Vd. debo (que es, en cuanto a mi formación espiritual, tanto como un hijo debe a su padre el nacer y la crianza) ni he intentado engañarme a mí mismo y engañar a los demás, ocultando o desvirtuando lo que a Vd. debo. Lo que pasa es que yo (en mi pe-

queñez) tengo un temperamento y unas necesidades espirituales radicalmente distintas de las de Vd., y es natural que si Vd. me ha enseñado a pensar y a sentir, y a tratar de construir mi conciencia, resulte que una vez puesto en marcha haya tomado un camino en cierto modo diferente del que Vd. sigue y que hasta reaccione ( precisamente por lo grande que es) contra la influencia de Vd., que tanto poder ejerce sobre mí. Esta conducta no es más que la consecuencia de sus ideas y sentimientos más elevados que Vd. ha puesto en mi alma. Y tengo el orgullo de creer que entre todos sus discípulos, por el sólo hecho de intentar alejarme de Vd., soy yo el mejor, el que ha cogido lo más hondo de su pensamiento.

Aquí se cierra la primera etapa de la vida de Federico de Onís. En 1916 fue a Nueva York, invitado por Colombia University, para organizar en ella los estudios españoles. Aunque fue solamente con licencia de un año, ésta le fue prorrogada por otro, y finalmente, cinco años de trabajo en Columbia le decidieron a continuar allí permanentemente hasta su jubilación, y más tarde en Puerto Rico, después de la misma, como Director del Departamento de Estudios Hispánicos que él mismo había ayudado a fundar en 1926.

La labor de Onís en América es bien conocida de todos, y a ella no es ajeno el magisterio de Unamuno, quien le había preparado para conocer Hispanoamérica y la literatura hispanoamericana. Como el mismo Onís dice en el prefacio de su libro *España en América*, antes de salir de España ya sentía la atracción de la América española como razón última del ser histórico de España. Su trato con Unamuno le había preparado para conocerla y afirma que ésta es tal vez su mayor deuda para con él.

Y yo debo dejar constancia aquí de la deuda que para con Onís tiene la cultura española e hispanoamericana. Onís crea en cierto modo el primer departamento moderno de español en los Estados Unidos, cuya influencia, mediante la preparación de futuros profesores y la labor directa de Onís como intérprete de la cultura hispánica en general, va a irradiar a todo el continente y todavía se deja sentir hoy.

Es en América donde se le revela la verdadera originalidad española que encontraba más viva en este continente que en España

misma. "Aquí me siento, dice, más en España que en España misma." O también: "Creo en la originalidad profunda de la raza española, y por eso no temo ninguna influencia extranjera." O también: "No nos estendemos los hombres de los distintos pueblos por aquello que hay de igual entre nosotros, sino por lo que más genuinamente nos diferencia y separa." Suponen estas palabras y otras muchas que podríamos traer a colación, una declaración de españolismo integral que habría de mantener impertérrito hasta su muerte en Puerto Rico en 1966. Estamos ya a mucha distancia del joven profesor de Oviedo que, al alejarse de España y al separarse de Unamuno, se acerca cada vez más a ellos. Toda la labor de Onís en América es una afirmación de los valores eternos de España, con el mismo denuedo con que Unamuno llega a afirmar que es español de profesión y oficio.

Hemos visto la historia ejemplar de un magisterio, con su iniciación, sus alternativas, las inevitables negaciones. Y, al final, el hecho de que el espíritu de Unamuno, asimilado y transformado por la insobornable individualidad y fuerte personalidad de Onís, ha pasado a América donde ya forma parte del acervo espiritual de todos los que de alguna manera nos dedicamos a la difusión de lo hispánico.

